

Honduras:

Cómo aprovechar y convertir en oportunidad la crisis posterior al golpe de Estado

Por Thilo Hoppe ¹

Después que el 27 de enero el acaudalado empresario Pepe Lobo juró al cargo como nuevo presidente de Honduras y el mismo día su antecesor derrocado, Manuel Zelaya, aterrizó en su exilio en la República Dominicana, algunos periódicos alemanes comentaron: “golpe de Estado completado”. Opinaron que los cálculos de aquellos que maquinaron y ejecutaron el golpe de Estado del 28 de junio del año pasado, se habrían cumplido por completo. Sin embargo, el último capítulo de esta historia aventurera queda por escribirse. Cuando uno observa la historia de Honduras, particularmente de los últimos decenios, se encuentran muchos motivos para señalar que este pequeño país centroamericano es una república bananera clásica. Hasta ahora el pueblo hondureño ha tenido ninguna o muy pocas posibilidades de tomar en sus manos las riendas de su destino. Siempre ha estado a merced de poderes extranjeros —sobre todo de Estados Unidos—, de empresas transnacionales, de militares corruptos y de una oligarquía que se limita a diez familias *megaricas*.

Formalmente una democracia

Si bien desde 1982 existe formalmente una democracia, la constitución, que en aquel entonces fue conceptuada como un traje a la medida de las necesidades de minorías económicas selectas, favorece un bipartidismo. Salvo la posibilidad de marcar cada cuatro años una “X” en la boleta electoral, apenas considera elementos de participación ciudadana y muestra muchas deficiencias y contradicciones. Tampoco existen en esta constitución instrumentos para destituir un presidente durante su gestión. Por este motivo, el presidente de Costa Rica, el premio nobel de la paz Oscar Arias, ha expresado que la constitución del país vecino es una “basura jurídica”.

El pueblo hondureño, que ha tenido fama de ser muy paciente y tener poco interés en la política, toleró muchas cosas y permitió que los dos partidos tradicionales —el Partido Nacional y el Partido Liberal— se pasaran la pelota y se repartieron las prebendas. A veces ganaron los nacionales, a veces los liberales, lo cual políticamente y en la práctica no resultó en diferencia alguna, ya que en los dos partidos mandaba la oligarquía que procuraba que no se pagaran impuestos significativos y que tampoco se estorbaran los negocios (propios).

Y así fue también la situación en 2005 cuando una vez más contendieron dos empresarios y latifundistas ricos en la elección presidencial. Mel Zelaya, del Partido Liberal, ganó la contienda por un margen estrecho a Pepe Lobo, del Partido Nacional. La estrategia electoral de Lobo, de presentarse como candidato de la línea dura con el símbolo del puño de hierro, que quiso controlar la desbordante criminalidad con la reintroducción de la pena capital, casi resultó exitosa. Pero finalmente triunfó Zelaya, apretadamente, porque de él se esperaron más impulsos para el

¹ Thilo Hoppe, diputado del partido Bündnis 90/Die Grünen (Alianza 90/Los Verdes), vicepresidente de la comisión para la cooperación económica y el desarrollo, viajó junto con su colega Klaus Riegert (diputado federal alemán del partido CDU) del 21 al 26 de enero de 2010 a Honduras. Los dos diputados fueron los últimos dos visitantes extranjeros del (ex)presidente Manuel Zelaya en la embajada brasileña en Tegucigalpa, poco antes de que partiera al exilio. Se reunieron con representantes de movimientos sociales, defensores de derechos humanos y de la “resistencia”, discutieron con diputados de todos los partidos políticos y tuvieron la oportunidad de conversar largamente con Pepe Lobo.

crecimiento económico. También la cámara de la industria del país apostó más a la carta Zelaya.

Pepe Lobo y Mel Zelaya se conocen bien, a pesar de la rivalidad política se llamaron “buenos amigos”, además se habla de muchos negocios (más o menos turbios) conjuntos en el pasado. Ambos son originarios del departamento Olancho. Ahí, Lobo supuestamente sacó beneficios no sólo por el cultivo y la exportación de maíz y soja, sino por la tala (ilegal) de madera —junto con Zelaya que, entre otras cosas, fue propietario del aserradero más grande del país—. En un principio, todo hubiera podido seguir su cauce acostumbrado en Honduras: los ricos que se hacen más ricos, los pobres que se hacen cada vez más pobres y mientras tanto la televisión, el fútbol y el aguardiente de mala calidad procurando que los últimos no se rebelen.

Zelaya por la ruta de la izquierda

Pero intempestivamente Mel Zelaya se sale del guión, vira hacia la izquierda y logra unir a toda la oligarquía en su contra. ¿Por qué? Al efecto hay interpretaciones muy divergentes, según la pertenencia a un determinado sector político.

Variante A, difundida por los simpatizantes de Zelaya: El soberano benévolo descubre su simpatía por los pobres, reflexiona y decide despedirse del viejo juego de poder de las elites económicas. Duplica el salario mínimo y se acerca paulatinamente a temas que son focos rojos en todos los países latinoamericanos: la distribución extremadamente desigual de la tierra y las tasas impositivas ridículamente bajas. Dado que el Fondo Monetario Internacional (FMI) no está de acuerdo con este cambio de dirección y le quiere imponer un tope para los gastos públicos, se adhiere a la asociación económica alternativa ALBA, creada por iniciativa de Venezuela con el objetivo de ganar más margen político y poder realizar reformas sociales. Debido a que la constitución hondureña impone restricciones a tal propósito y permite pocas oportunidades de participación ciudadana, Zelaya quiere realizar una consulta popular no vinculante. Quiere preguntar al pueblo, si está de acuerdo en avanzar hacia el proyecto de una “constituyente”, es decir, hacia la convocatoria para una asamblea constituyente.

Variante B, alegada por los golpistas para justificar la destitución violenta de Zelaya: Zelaya se empieza convertir en megalómano. Porque no sabe aceptar que debido a un artículo establecido para la eternidad de la constitución hondureña tiene que ceder su lugar a un sucesor después de apenas cuatro años, aspira a una reforma constitucional sin considerar la opinión de la corte suprema del país. Quiere comprar la aprobación por la población mediante regalos electorales que vacían las arcas del Estado. Una vez vacías las arcas y por falta de disposición del FMI para saldar la generosidad de Zelaya con un nuevo crédito, aquél pide fiado de Hugo Chávez, presidente de Venezuela. Pero este “diablo” no da nada gratis y exige que Zelaya no sólo condujera su país a la alianza económica ALBA sino paso a paso al “socialismo del siglo XXI”, propagado por Chávez. Aconsejado por este último, mediante una asamblea constituyente Zelaya quiere abrir la opción de reelegirse. Un proceso, que al final podría llevar a Zelaya a experimentar una mutación hacia un dictador socialista, hacia un “líder máximo”.

Dependiendo de qué hipótesis asuma uno, los acontecimientos del 27 de junio de 2009 fueron un golpe de Estado, que aseguró el poder y las prebendas a la oligarquía y que impidió reformas sociales, o se trató de la defensa de la democracia ante las rupturas constitucionales planeadas por el presidente que quiso ampliar su poder e introducir el socialismo.

En pijama a Costa Rica

Sin considerar si la intención fue realmente impedir una inminente ruptura de la constitución, claro queda que la acción que emprendieron las fuerzas especiales del ejército, el 27 de junio, realmente fue una violación de la constitución. En efecto, las fuerzas especiales allanaron la vivienda de Zelaya, controlaron después de una riña a las escoltas del presidente y a éste lo forzaron —ametralladora de por medio— a acompañarlas. Todavía en pijama lo arrastraron al aeropuerto y lo transportaron en un avión militar a Costa Rica. Mientras otras unidades ocuparon diferentes estaciones de radio y televisión, bloquearon nudos de comunicación vial e interrumpieron temporalmente el suministro de electricidad en la capital.

Al día siguiente se reunió el parlamento. A varios partidarios de Zelaya de la bancada dividida liberal se les negó el acceso. Adentro se lee una carta de renuncia de Zelaya, que más tarde se desvela incuestionablemente como una falsificación. Roberto Micheletti, presidente del parlamento es elegido como presidente interino. Micheletti, al igual que Zelaya miembro del Partido Liberal, decreta el estado de excepción.

Empeora la situación de los derechos humanos

En la calle hay manifestaciones contra el golpe de Estado. La policía y el ejército reaccionan con gas lacrimógeno y garrotes. Hay disparos aislados. En el curso de las semanas siguientes por lo menos 20 hondureños pagan sus protestas contra el golpe de Estado con su vida. La situación de los derechos humanos, que no había sido precisamente de maravilla antes del golpe de Estado, empeora dramáticamente. Amnistía Internacional y la Comisión Interamericana de Derechos Humanos han documentado 4,200 casos de intimidación masiva y persecución desde que se dio el golpe de Estado. Hay reiteradas manifestaciones de protesta, organizadas por una alianza heterogénea, la “resistencia”. Pero con la ayuda de los militares el nuevo gobierno de facto de Roberto Micheletti mantiene la situación en el país bajo control.

Ningún reconocimiento internacional del gobierno golpista

No obstante, donde no logra ningún éxito, es en cuanto a convencer a las naciones vecinas y la comunidad internacional de la legitimidad del golpe de Estado. Ningún país del mundo reconoce a Micheletti y su nuevo gobierno. Al unísono las Naciones Unidas, la Unión Europea y también la Organización de Estados Americanos (¡por unanimidad!) condenan el golpe de Estado como lo que es y exigen el regreso de Zelaya a la presidencia.

Micheletti y compañía se muestran escandalizados por la reacción del nuevo gobierno estadounidense y sobre todo del presidente Barack Obama. Éste condena enérgicamente al golpe de Estado e impone sanciones personales a los miembros del gobierno golpista como la prohibición de entrada a Estados Unidos. Un ministro de Micheletti incluso monta en cólera y ofende públicamente a Obama, de quien dice es un “negrito” del que no se recibirá consejo alguno.

Refugio en la embajada brasileña

Animado por el apoyo unánime de la comunidad internacional Zelaya emprende varios intentos de regresar a su patria. Sea que trate de aterrizar con comitiva destacada —entre otros la presidenta

argentina Kirchner y el presidente paraguayo Lugo— en el aeropuerto de Tegucigalpa o sea que encabece una manifestación de protesta en la frontera entre Nicaragua y Honduras. En la primera ocasión los tanques ocupan la pista de aterrizaje, en la segunda son los soldados de la infantería que bloquean el camino. En este contexto, mezcla de novela policiaca y película del oeste, es que en la tercera secuencia, en el tercer intento, Zelaya logra el regreso. Acompañado únicamente por algunos fieles cruza la frontera escondido bajo la lona de una camioneta pick-up y por los caminos de la selva se las arregla para llegar a Tegucigalpa. Ahí encuentra refugio en la embajada del Brasil y se presenta orgullosamente ante las cámaras de los canales de la televisión extranjera.

Micheletti, que pocos minutos antes ha señalado el regreso de Zelaya como “absolutamente imposible” en la televisión hondureña, queda en ridículo. Su gobierno de facto reacciona con irritación y nerviosidad. Quita temporalmente agua y electricidad a la embajada brasileña, somete su edificio día y noche a música ruidosa y bloquea herméticamente todo el barrio donde se encuentra la embajada. Sólo después de airadas protestas del presidente brasileño Lula y de la Organización de Estados Americanos las triquiñuelas terminan. Pero Zelaya no puede abandonar la embajada. Micheletti amenaza con arrestarlo en cuanto salga del área de soberanía brasileña.

El regreso no convierte en héroe a Zelaya

Sin embargo, Micheletti no es el único que calculó mal, también Zelaya. Esperaba que su regreso aventurero lo convirtiera en héroe y se detonase una ola de entusiasmo en todo el país; esto es, enormes manifestaciones ante las cuales los golpistas se tendrían que rendir al igual que sucediera en 1989 con el régimen del SED (partido gobernante de la extinta República Democrática Alemana RDA) ante la revolución pacífica.

Si bien hubo numerosas manifestaciones a favor de Zelaya, también hubo tumultuosos desfiles organizados por los dos partidos establecidos, a favor de Micheletti y en contra de Zelaya. Ambos sectores se acusaron mutuamente de pagar a los manifestantes. Es difícil calcular qué bando pudo movilizar más gente y si fue con medios limpios o maniobras turbias. Es del todo común en Honduras recompensar con pequeños premios la presencia en manifestaciones.

El llamado que hiciera Zelaya y la “resistencia” para boicotear la elección que fue preparada desde antes del golpe de Estado y planeada para el 29 de noviembre, también encontró menos resonancia de la que Zelaya esperaba. No sorprende que los datos sobre la participación electoral discrepan mucho; de poco menos de 30 por ciento hasta más de 60 por ciento. Aparentemente la afluencia a las casillas electorales no fue significativamente inferior a la de elecciones anteriores. Debido a la represión desatada antes de la elección ni la ONU ni la OEA mandaron observadores electorales oficiales a Honduras. Según estimaciones de periodistas independientes la participación electoral habría alcanzado entre 45 y 48 por ciento, esto es, poco pero no sustancialmente inferior a lo que normalmente acontece en Honduras.

Ni las elecciones ni el boicot de las elecciones se pueden llamar un éxito. Es una situación que representa una disyuntiva para la comunidad internacional. El ministro de relaciones exteriores español la resume en las siguientes palabras: “No podemos reconocer estas elecciones, pero tampoco ignorarlas.”

Fracaso de los esfuerzos de mediación y del acuerdo de Tegucigalpa

Todavía en octubre se iba a ofrecer una salida del *impase*, pero los dos partidos políticos hondureños involucrados en el golpe de Estado no estuvieron dispuestos a avanzar por ese camino. Después del fracaso de muchos esfuerzos de mediación hechos por la OEA y el presidente costarricense Arias, Estados Unidos ejerció mucha presión y logró forzar que todas las partes del conflicto se sentaran en la misma mesa. Si bien Zelaya no estuvo personalmente, envió como su representante a las negociaciones a su anterior ministro de gobernación, Víctor Meza. Finalmente, el mediador estadounidense consiguió de ambas partes la firma del “Acuerdo de Tegucigalpa/San José”.

Los puntos torales del acuerdo:

1. Las elecciones se realizan el 29 de noviembre (sin Zelaya y Micheletti), no se posponen.
2. El congreso vota sobre el regreso de Zelaya a la presidencia, con el objetivo de constituir un “gobierno de unidad nacional” encabezado por Zelaya y con la participación de todos los partidos, que manejara la transición al 27 de enero de 2010, fecha de investidura del nuevo presidente.
3. Zelaya y compañía renuncian a la consulta popular sobre el tema de la asamblea constituyente.
4. En una “comisión de la verdad” independiente se procesa lo que pasó antes y después del 28 de junio.

Cuando se anunció este pacto se notó un gran alivio y (casi) todos parecían contentos. Zelaya reasumiría la presidencia durante tres meses, pero con derechos restringidos; las elecciones se realizarían en un clima conciliador y serían reconocidas por todo el mundo; mientras que la consulta popular, cuestionable en cuanto a su constitucionalidad, desaparecería de la agenda, por lo menos de momento.

Por consiguiente muchas agencias noticiosas anunciaron el “avance definitivo”. Zelaya asumiría nuevamente como presidente, aunque con poder limitado y por poco tiempo. Habría un sólido acuerdo, el congreso daría su aprobación. ¿Por qué otra razón Víctor Meza, el negociador de Zelaya, habría consentido en el compromiso?

Pero todo resultó diferente. El congreso postergó reiteradamente la votación sobre el punto más importante del acuerdo de Tegucigalpa/San José. Se pidieron varios dictámenes jurídicos, entre otros, al tribunal constitucional supremo que tiene fama de ser particularmente corrupto y que ya había destacado negativamente por la publicación de documentos falsificados con el afán de justificar el golpe de Estado.

Después de semanas de una táctica dilatoria el parlamento determinó apenas el 2 de diciembre, es decir, después de la elección, que Zelaya debería quedarse donde estaba: esto es, en la embajada brasileña o salir al exilio.

Con ello, para la gran mayoría de los países latinoamericanos y europeos no se respetó uno de los puntos centrales más importantes del acuerdo de Tegucigalpa/San José. El más bien simbólico regreso de Zelaya y la consecuente nivelación del golpe de Estado iban a ser la concesión y la respuesta de los dos partidos políticos tradicionales hondureños —que estuvieron involucrados en el golpe— a la renuncia de Zelaya a la consulta popular, a la restricción de sus poderes, al reconocimiento de la elección del 29 de noviembre, a la participación de todos los partidos políticos

en el gobierno transitorio y a la salida definitiva de Zelaya el 27 de enero de 2010.

Éste tuvo razón en sentirse engañado por el gobierno de Micheletti y sus adeptos en el parlamento. El haber asentido en un principio al regreso de Zelaya durante las negociaciones para luego repartirse el trabajo y excusarse con el argumento que los diputados son libres e independientes y nada más responsables ante su fuero interno, fue simplemente una maniobra repugnante.

Comunidad internacional sin consenso

Si en este punto de inflexión la comunidad internacional hubiera mantenido una posición clara, unívoca y unida, los golpistas no se hubieran salido con la suya mediante su engaño. ¡Sin la realización completa del acuerdo de Tegucigalpa/San José no cabría ningún reconocimiento de las elecciones, ningún reconocimiento del nuevo gobierno, ninguna normalización de las realizaciones, ninguna reanudación de las negociaciones sobre acuerdos económicos y ninguna reanudación de la cooperación para el desarrollo! Esa tenía que haber sido la respuesta unívoca de la comunidad internacional. Con ello hubiera sido posible forzar unos golpistas totalmente aislados y con problemas financieros a transigir.

Pero lamentablemente la posición antes tan unida de la comunidad internacional se empezó a resquebrajar, porque el jugador más importante, Estados Unidos, ya no actuó sin rodeos. Si bien el gobierno estadounidense se mostró “muy resentido” con la obstinación de Micheletti y la votación del parlamento hondureño, al mismo tiempo encogió los hombros y añadió que no se podría desestimar la decisión de un parlamento soberano. Si bien siguieron más sanciones, sobre todo restricciones de viaje, contra ministros del gobierno de facto de Micheletti, hubo también, y eso fue decisivo, la promesa de reconocer las elecciones del 29 de noviembre y su resultado.

Si antes la posición de la OEA fue unida, después de Estados Unidos también Canadá, Colombia, Perú y Costa Rica se salieron de la fila. La divisa: mantenemos la condena del golpe de Estado y del presidente interino ilegal Micheletti y de su gabinete, pero hay que abrir una nueva página después de las elecciones del 29 de noviembre, darle una oportunidad al ganador Pepe Lobo y renunciar al castigo del pueblo hondureño por los errores de unos cuantos.

La gran mayoría de los estados latinoamericanos como Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay y sobre todo los países del ALBA tienen otro punto de vista. Según ellos Pepe Lobo tuvo la oportunidad de procurar que los diputados de su Partido Nacional en el congreso hubiesen votado por el regreso de Zelaya y con ello hubiesen cumplido con el acuerdo de Tegucigalpa/San José. Sin embargo, él y su partido se involucraron en el golpe de Estado y no debieron ser premiados al efecto. Si a los golpistas les salieron bien sus cálculos, podrían sentar con ello un precedente que animara las oligarquías derechistas en otros estados de América Latina a deshacerse de gobiernos de izquierda mediante un golpe de Estado apoyado por los militares. Opinan que los acontecimientos en Honduras son un peligro para la democracia en toda América Latina.

En cuanto al zigzagueo de Estados Unidos existen muchos rumores. Unos alimentan teorías de conspiración sobre una maniobra convenida desde un principio con roles repartidos. Según ellos la condena enérgica del golpe de Estado por Barack Obama habría sido una “indignación actuada”. De hecho incluso miembros del cuerpo diplomático europeo en Tegucigalpa afirman que empleados de la embajada estadounidense en el país, supuestamente colaboradores de la CIA, habrían cooperado en la preparación del golpe de Estado.

No obstante parece más lógico que en Estados Unidos hubo y hay diferencias sustanciales tanto entre republicanos y demócratas como dentro del gobierno mismo con respecto a cómo tratar este pequeño país centroamericano.

Zelaya mismo cree en la honestidad de Obama. Orgullosamente nos mostró una carta de navidad escrita a mano, en la cual Barack y Michelle le aseguran que lo consideran el presidente legítimo de Honduras, por lo menos hasta el 27 de enero. “Pero no se pudo imponer a los halcones en su propio gobierno”, comenta Zelaya sobre la actitud del presidente estadounidense. Precisamente en el Departamento de Estado, de Hillary Clinton, habría todavía muchos republicanos con recelos contra cualquier gobierno que cooperara con Chávez. Según Zelaya están dispuestos a aceptar cualquier medida que acabe con estos gobiernos.

Los europeos siguen sin encontrar una posición unida ante las elecciones y el nuevo gobierno de Honduras. Los españoles y franceses tienen una actitud pronunciadamente distanciada ante el gobierno de Lobo. “No por convicción, sino porque no quieren perder las simpatías de la mayoría de los países latinoamericanos”, dicen en voz baja los diplomáticos alemanes y británicos. De hecho es algo contradictorio que los españoles siguen criticando y condenando enérgicamente el golpe de Estado y por otro lado quieren retomar lo más rápido posible las negociaciones en torno al acuerdo de asociación entre la Unión Europea y los países centroamericanos, de manera que quede listo para su firma antes de la Cumbre Unión Europea-América Latina en mayo, en Madrid.

¿Y Alemania? Aparentemente existen diferentes evaluaciones de la situación en Honduras también dentro del gobierno federal. Durante el debate en el parlamento federal alemán sobre Honduras los representantes del partido CDU (Partido Democrático Cristiano) argumentaron de una forma mucho más diferenciada que aquellos del partido FDP (Partido Liberal). ¿Por qué camino se va decidir el gobierno federal actual?

De hecho hay razones, que hay que tomar en serio, que apuntan a la decisión de darle una oportunidad al nuevo gobierno por razones pragmáticas, a pesar de toda injusticia cometida y a pesar de que también Pepe Lobo y sus ministros se encuentran involucrados. Lobo se declaró partidario del acuerdo de Tegucigalpa/San José y anunció que quiere encaminar la ahí mencionada comisión de verdad independiente, de tal forma que también la “resistencia” se encuentre representada y un facilitador externo encabece la comisión. Al efecto, Lobo quiere convencer al ex-presidente chileno Lagos.

En cuanto a su gobierno de “unidad nacional”, aun cuando está dominado claramente por su partido, Lobo convocó representantes de todos los otros partidos políticos, incluso del partido socialista UD, que es miembro de la “resistencia”.

Lobo otorgó un salvoconducto a Zelaya, el día de su investidura lo acompañó al aeropuerto y lo despidió al exilio temporal (Zelaya escogió República Dominicana). Los dos acordaron en un lenguaje oficial que Zelaya permanecerá “cierto tiempo” en República Dominicana, pero regresará algún día a Honduras, sin definir el tiempo exacto.

Todo parece indicar que tampoco Zelaya vio una perspectiva en quedarse más tiempo en la embajada brasileña en Tegucigalpa y tratar de convencer al mundo de no reconocer el nuevo gobierno y vencerlo mediante boicoteos y sanciones.

Zelaya quiere un gobierno de unidad nacional

Poco antes de su salida a República Dominicana, un Zelaya aparentemente relajado, nos explicó a mi colega Klaus Riegert y a mí su disposición de colaborar bajo ciertas circunstancias con el gobierno de Lobo y de comprometerse ante los jefes de Estado latinoamericanos aliados con él por la normalización de las relaciones con Honduras. Sus condiciones fueron un gobierno realmente de unidad nacional con la inclusión de representantes del ala social y liberal, fiel a Zelaya, del Partido Liberal, y sobre todo el cese definitivo de la persecución de activistas de la “resistencia”. Sin embargo, sin una mejora claramente palpable de la situación de los derechos humanos no habrá cooperación ni normalización de las relaciones, dijo Zelaya.

El reconocimiento de su figura y su gobierno por la comunidad internacional y la normalización de las relaciones es precisamente lo que interesa ardorosamente a Pepe Lobo. ¿De qué otra manera se explica que nos invitara a comer a nosotros, dos simples diputados del parlamento federal alemán, y que tratara de convencernos durante tres horas que él y su gobierno se comprometen con el “humanismo cristiano-demócrata”, que quieren emprender reformas sociales, procesar el difícil pasado y mejorar la situación de los derechos humanos. Prometió incrementar la carga impositiva para los ricos mediante una reforma; empujar su Partido Nacional hacia un camino cristiano-demócrata y darle la prioridad más alta a la lucha contra la pobreza.

¿Pura confesión de dientes para fuera? La mayoría de los representantes de la sociedad civil y casi todos los defensores de los derechos humanos no creen en el nuevo credo de Pepe Lobo. Ya han tenido otras experiencias con él. “Todo eso dice con el fin de tranquilizar las visitas extranjeras y abrir nuevamente la llave de la ayuda internacional”, resume el secretario ejecutivo de la federación de las organizaciones no gubernamentales hondureñas en la evaluación de los movimientos sociales.

Y sin embargo la mayoría de las organizaciones no gubernamentales ha llegado a la conclusión que ahora lo mejor es tomarle la palabra a Lobo aunque no confíen realmente en él. Por tanto han formulado exigencias mínimas que tendría que cumplir para que haya la disposición de cooperar con su gobierno y participar en un proceso de conciliación. En el catálogo de demandas aparece en primerísimo lugar la mejora clara y palpable de los derechos humanos.

Por supuesto, uno puede mantener la actitud que caracteriza al núcleo duro de la “resistencia”, y que es a su manera del todo consecuente y lógico: debido a que Lobo participó por lo menos indirectamente en el golpe de Estado y la elección del 29 de noviembre se dio en un ambiente de represión no debe haber reconocimiento ni de él ni de su gobierno.

La sociedad hondureña dividida políticamente

Pero dado que casi la mitad de los votantes inscritos —un número no significativamente inferior que en ocasiones anteriores— participó en las elecciones y votó en su gran mayoría por Lobo o Santos, su contrincante del (derechista) Partido Liberal, que también estuvo involucrado en el golpe de Estado, hay que simplemente reconocer que Lobo se puede apoyar en una parte no tan pequeña de la población hondureña. Actualmente es difícil averiguar quién tiene más simpatizantes, Lobo o sus oponentes. Mucho indica que la sociedad está dividida. La “resistencia” no es lo suficientemente fuerte como para hacer tambalear al gobierno de Lobo. Pero tampoco Lobo lograría imponer su política contra la mitad, o incluso un poco más de la mitad, de la población.

Finalmente muchos analistas opinan, que Lobo ganó la elección del 29 de noviembre contra Santos por la única razón que la participación del liberal de la derecha en el golpe de Estado —rechazado por la mayoría de la población— fue más obvia, mientras Lobo apostó exitosamente a su nueva imagen del “conciliador”. Muchos creen que la mayoría silenciosa de los hondureños se hartó de la crisis y de la confrontación y que prefiere realmente un “gobierno de unidad nacional”.

Ante esta amalgama, en este momento no tiene sentido que la comunidad internacional ignore por completo la elección del 29 de noviembre y rechace cualquier cooperación con el gobierno de Lobo.

Pero sería un procedimiento por lo menos igualmente grave, retomar simplemente la agenda habitual, como si no hubiera pasado nada. La persona que normalice ahora todo demasiado rápido y abra completamente las llaves de la ayuda internacional tal vez impida la realización de los compromisos anunciados.

El gobierno de Lobo lucha todavía por el reconocimiento internacional y la reanudación de la cooperación para el desarrollo. Quién lucha por el reconocimiento y quiere convencer es más susceptible a aceptar condiciones y rendir cuentas sobre sus promesas.

Sería fatal que ahora todos los embajadores regresaran a galope a Tegucigalpa, que se retomen inmediatamente las negociaciones sobre el acuerdo de asociación y que fluyeran nuevamente los créditos y programas de apoyo en su volumen habitual. Tal actitud, perseguida por algunos actores en la Unión Europea y del gobierno federal alemán, mostraría una falta de carácter y llevaría las declaraciones sobre los derechos humanos como principios rectores de la política exterior europea y alemana al absurdo.

Reanudación de las relaciones sólo con condiciones

En cuanto a las relaciones con Honduras ahora existe una “ventana de oportunidades” que hay que aprovechar: Hay que exigir de Pepe Lobo que a sus palabras sigan los hechos y que muestre que sus grandes anuncios descansan sobre una voluntad seria. El reconocimiento y la reanudación de la cooperación se tienen que articular con el cumplimiento de condiciones muy puntuales y comprobables. Deben incluir el cumplimiento de los compromisos aún vigentes del acuerdo de Tegucigalpa/San José y particularmente una clara y palpable mejora de la situación de los derechos humanos.

Para poder revisarlo se requiere una estrecha cooperación de la Unión Europea y sus países miembros con los defensores hondureños de los derechos humanos, Amnistía Internacional y sobre todo con la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

Si este propósito se lograra, entonces los golpistas no se habrán salido con la suya. Si bien habrían expulsado anticipadamente a Mel Zelaya de su cargo e impedido por el momento una consulta popular, además de haber investido con Pepe Lobo como presidente un representante aparentemente “confiable” de la oligarquía, quedarían obligados por la presión de la comunidad internacional a colaborar incluso con la oposición de izquierda, emprender reformas sociales, aclarar el pasado oscuro y sobre todo mejorar la situación de los derechos humanos. Con ello tendrían que admitir también un mayor margen de acción de los movimientos sociales.

Estas condiciones establecerían el marco para que se forje una alianza compuesta por varios partidos pequeños, el ala social y liberal del Partido Liberal y los movimientos sociales, capaz de

competir en las elecciones de 2013 con los dos partidos grandes.

El golpe de Estado ha politizado a los hondureños

Muchos de los hondureños, que hasta ahora tenían fama por su falta de interés político y su paciencia, han despertado. Todos confirman que en los últimos meses en Honduras se discutió tanto sobre la política como nunca antes. Muchos opinan que es imposible seguir ignorando la división social de la sociedad. “Hay mucha presión en la caldera. Honduras ya no puede evitar reformas sociales, que mejoren la situación de la mayoría pobre de la población”, cree el ex-parlamentario cristiano-demócrata Efraín Díaz Arrivallaga, que actualmente trabaja para una ONG, que coopera con el Servicio de las Iglesias Evangélicas (EED, por sus siglas en alemán) de Alemania.

Si en los últimos dos o tres decenios los dos partidos establecidos y dominados por la oligarquía fueron capaces de ejercer sus juegos de poder tras bambalinas, sin ser molestados por la comunidad internacional, ahora el golpe de Estado ha llevado al pequeño país centroamericano a los titulares de la prensa mundial, ha convertido a Mel Zelaya con su sombrero en una estrella de los medios, ha aumentado las filas de los movimientos sociales y ha provocado un proceso de discusión en Honduras que ya no puede ser reprimido con violencia.

Si la comunidad internacional actuara ahora con inteligencia y firmeza en cuanto a sus valores, el futuro podría revelar que los golpistas metieron un autogol el 27 de enero de 2009. Si es que...